

La Perla de las Parábolas

1. La Parábola del Padre (Lucas 15:11-32).

El Expositor de Berea Vol.33

La parábola del Hijo Pródigo ha sido llamada *la perla de las parábolas*. Si bien puede ser imprudente intentar hacer comparaciones entre pasajes de las Sagradas Escrituras, hay, sin embargo, en esta parábola, una gran apelación al corazón y mucho para conmover los sentimientos a medida que uno sigue el progreso del hijo pródigo, tanto en su desastroso viaje de ida, como durante su regreso de vuelta al amor y la restauración.

No es casualidad que esta parábola la registre Lucas, ya que está en consonancia con su práctica de elegir siempre el aspecto evangélico de su tema. Al tiempo que, la narración de Mateo, nos da el nacimiento del "Rey" en Belén, Lucas, por su vez, se deleita en contar las buenas nuevas del nacimiento de un "Salvador". Mateo, por supuesto, persigue su definido propósito, pues proclama al Rey y al reino, pero Lucas, la mano derecha del apóstol Pablo, tiene un objetivo diferente en mente. Es tan solo Lucas quien traza la genealogía de Cristo hasta Dios a través de Adán y, de nuevo, es solo él quien registra la parábola de "El Buen Samaritano", una parábola que no podría tener cabida en el Evangelio del Publicano que se fue a su casa "justificado" en lugar del Fariseo; una bendita anticipación de la doctrina de Romanos y de la confesión de Filipenses 3:1-9.

Tal vez el afecto que se le ha rendido a esta parábola se deba a que es la parábola del PADRE, palabra que se usa *doce* veces en la narración. Recordemos que la misión de Cristo era revelar al Padre:

- *"Nadie ha visto jamás a Dios, el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, Él lo ha declarado"* (Juan 1:18).

El Hijo declaró al Padre en Su vida, porque el Hijo de Dios es la "imagen misma de Su Persona". Su declaración a los discípulos que le pidieron *muestras* fue: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"*; lo declaró además en Su evangelio, en Sus discursos y en Sus parábolas, y aquí, en la parábola del Hijo Pródigo, podemos aprender algo de la naturaleza y el carácter de Aquel a quien clamamos: "Abba, Padre".

2. Los Dos Hijos (Lucas 15:11)

"Un hombre tenía dos hijos" (Lucas 15:11). Con palabras similares da comienzo una parábola en Mateo 21. Allí, los dos hijos son llamados por su padre a trabajar en su viña, y el foco central de la parábola es la naturaleza de sus respuestas. El primero dijo: "*No quiero, pero después se arrepintió y fue*"; el segundo dijo: "*Yo voy, señor, y no fue*". No se censura ni una palabra la negativa inicial del primer hijo a ir a la obra, sino que, por el contrario, se centra en el hecho de que finalmente se arrepintió y fue a la viña. Así también en la parábola del Hijo Pródigo. El padre no pronuncia una sola palabra de censura por la ingratitud o la estupidez de su hijo descarriado, sino que se regocija en su regreso y lo recibe en casa con los brazos abiertos.

Un juicio superficial podría darnos la idea de que esto sería como darle un lugar privilegiado al pecado. Es el hermano mayor quien recuerda los pecados de su hermano menor, al tiempo que reclama su propia rectitud:

- "*He aquí, todos estos años te sirvo, y nunca he transgredido tu mandamiento; y, sin embargo, nunca me diste un cabrito para que me regocijara con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, el cual devoró tus bienes con ramerías, le mataste el becerro cebado*" (Lucas 15:29, 30 A.V.).

Esos "*muchos años de servicio*", esa observancia constante de *los mandamientos* del padre, encuentran un eco en Filipenses 3, donde el Apóstol dice: "*En cuanto a la justicia de la ley, irreprochable*". Pero en lugar de aferrarse a esa actitud, ahora el apóstol la considera como estiércol, como basura en comparación con el hallazgo de su *todo en Cristo*.

Al final de la parábola de la oveja perdida con la que Lucas 15 da comienzo, leemos:

- "*Os digo que así también habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta, que de noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento*" (Lucas 15:7).

Aquí, una vez más sería fácil caer en el error de pensar que la verdadera justicia es descartada, y que en cambio se le da una primacía al pecado. Sin embargo, no es así. Estamos delante de la *justicia de la ley y de la carne*; una justicia que nunca reconoce su abyecta necesidad de la gracia y del amor del Salvador. El tema se presenta una vez más en Lucas, en la

parábola del Fariseo y el Publicano. Ciertamente, el Fariseo "*no era como los demás hombres*", de lo contrario no podría haber pertenecido a "*la secta más estricta de la religión de los judíos*"; no era un extorsionador, ni un injusto, ni un adúltero, todo lo cual puede considerarse en su pleno valor. Ciertamente no era "*como este Publicano*". Sin embargo, conocemos la conclusión. Bien sabemos el solemne veredicto del Señor.

- "*Os digo que éste (el Publicano) descendió a su casa justificado antes que el otro (el Fariseo), porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido*" (Lucas 18:14).

La exaltación de la justicia propia es tan odiosa a los ojos de Dios que no la puede tolerar. La humilde penitencia del "pecador" o del "hijo pródigo" es el único espíritu que encuentra aceptación ante el trono de Dios.

Si fuera posible que la naturaleza humana produjera por sí una justicia perfecta, sería algo hermoso, y superaría con creces incluso la gracia de la penitencia. Pero la perfección sólo se ve en la persona de Cristo. Todos los hombres han pecado, e incluso sus actos de "justicia" a menudo los hacen duros, fríos y alabándose a sí mismos. Incluso el Apóstol hace una distinción en Romanos 5 entre un "hombre justo" y un "hombre bueno", una distinción, por desgracia, todavía posible, siendo la naturaleza humana como es.

3. **“Dame...Haz de mí” (Lucas 15:12, 19)**

Un reciente discurso televisivo llamó la atención sobre las dos peticiones de la parábola del Hijo Pródigo, la primera, "Dame", la segunda "Hazme". Estos dichos encarnan un pensamiento que va al corazón mismo de la parábola. Vamos a examinarlos.

El hijo menor dijo: "*Padre, dame la porción de bienes que me corresponde. Y les repartió los bienes*". El hijo menor no pidió más de lo que le correspondía. No tenía envidia de su hermano mayor, quien posiblemente tenía una "doble porción"; el menor simplemente pidió la suya. Ciertamente, el Padre no hizo nada malo al conceder la petición. En el principio Dios hizo del hombre un agente moral libre. Como tal, si elegía el hombre decir: "Dame lo que es mío", no dejaba de ser sino libre de hacerlo. Lo que Adán hizo con su libertad de elección y su capacidad de

decir "no quiero", como el hijo de la parábola anterior de la viña, es, por desgracia, no sólo historia pasada, sino un factor muy vivo al presente.

La parábola emplea una palabra peculiar para "bienes". Es *ousía*, que hace parte del verbo "ser", y aparece en un pasaje más del Nuevo Testamento, concretamente, en el siguiente versículo de la parábola, donde en las versiones inglesas se traduce como "sustancia". *Ousía*, aunque significa "bienes", ciertamente lleva a la mente a pensar en el "ser" o la "esencia". Su misma elección nos hace darnos cuenta de que, típicamente, el Hijo Pródigo es un "hombre" que no despilfarra simplemente "cosas", sino "a sí mismo".

Accediendo a la petición, el Padre repartió a sus hijos "su sustento", y mientras el mayor decía que su hermano había malgastado su "vida", la narración dice que malgastó su "sustancia" (*ousía*). El hombre, su vida, sus medios y su modo de vivir, le fueron dados, y el Padre espera, aguarda por la próxima petición, "**Hazme**" (Lucas 15:19). Aquí estaba el arrepentimiento; Aquí estaba la humildad; He aquí la lección aprendida de las edades; Aquí había algo que, a pesar de su fría actitud santurrón auto justificándose, el hermano mayor no podía comprender ni admitir.

"Somos *hechura* suya" (*poiema*, "hacer") dijo el Apóstol a los Efesios, donde la salvación es por gracia; salvación, no por obras; La salvación que conduce a "toda humildad de mente" es la experiencia paralela.

"DÁME". — Aquí tenemos una imagen del hombre asumiendo responsabilidades, tratando de moldear su propio destino y fracasando por completo en el intento.

"HAZME". — Aquí está el arrepentimiento o "un cambio de mente" en verdad. Por fin, el hombre se vuelve hacia Dios, en Quien sólo puede esperar encontrar la plena realización del propósito de su propia creación.

4. **"Derrochó su sustancia con una vida desenfrenada" (Lucas 15:13).**

El Señor, a Quien pertenecen todas las cosas, aborrece el despilfarro. Aquel que alimentó a 5.000 multiplicando milagrosamente unos pocos panes y peces, y que pudo, y lo hizo, alimentarlos de nuevo de una manera similar, sin embargo, ordenó que se recogiera lo que había sobrado para que nada se desperdiciara.

El pecado no es sólo un crimen, una transgresión, una ofensa, sino que además es un desperdicio funesto. En las Escrituras Hebreas el significado de la palabra básica para "pecado" no es desobediencia, ni transgresión, ni villanía, sino "errar", como un arquero cuando no acierta en el blanco. Lamentablemente, el hombre ha fracasado. Ha perdido el propósito de su ser; Ha "desperdiciado" su esencia, su ser, su sustancia. En el uso la palabra *asotos*, "perdidamente" o "desenfrenado", indica despilfarro y exceso, pero, etimológicamente, significa alguien que está fuera de los límites de la salvación, siendo *a* la negativa y *sozo*, "salvar".

El hombre, como el Hijo Pródigo, se ha marchado a una región lejana, más allá del poder de conservación y restricción de la gracia, y su fin es la mendicidad.

Si hacemos caso omiso de las divisiones de los capítulos y pasamos directamente a Lucas 16, volveremos a leer de otro *despilfarro*. Esta vez es un "mayordomo", no un "hijo", y esta vez son los bienes del Amo los que se desperdician, no los suyos propios.

La figura del hermano mayor se cambia ahora por la de un mayordomo. Los santurrones entre los judíos habían condenado a sus hermanos caídos porque habían malgastado sus bienes en una vida desenfrenada. Pero el Señor de repente los acusa de un acto mucho más deshonroso, esto es, desperdiciar lo que no era suyo, sino lo que les había sido confiado. El apóstol Pablo hace lo mismo en Romanos 2. Sabía que sus lectores judíos habrían estado de acuerdo en que los gentiles se hallaban "sin excusa" (Romanos 1:20), pero debieron quedarse asombrados cuando él presentó contra ellos la acusación:

- *"Por tanto, eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas: porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas, lo mismo haces" (Romanos 2.1).*

El Hijo Pródigo malgastó sus propios bienes, pero los Fariseos santurrones, que se consideraban a sí mismos como líderes y guías, habían malgastado por infidelidad y egoísmo los bienes que se les habían confiado.

Cuando reflexionamos sobre las posibilidades que yacen en el hombre habiendo sido creado por primera vez a imagen de Dios, y luego volvemos a considerarlo al día hoy, seguramente, ha de venirnos al pensamiento, *se ha ido a una región lejana, y allí ha malgastado su sustancia.*

5. “Volviendo en sí” (Lucas 15:13-16)

A través de una serie de pasos descendentes, esta parábola lleva al Hijo Pródigo finalmente "*a volver en sí*", y, con el descubrimiento de todo lo que estas palabras implican, comienza el cambio con las benditas palabras "*me levantaré*". Había emprendido su viaje de ida a una "región lejana", había malgastado sus bienes en una vida "desenfrenada", y cuando lo había "gastado todo", una gran hambruna lo redujo a la indigencia: comenzó entonces a estar "en necesidad". Aquí tenemos la distancia, la disipación, la indigencia. Pero esto no es todo. A esta lista hay que añadir la degradación más profunda, pues el Hijo Pródigo descendió tan bajo como para desear ingerir el alimento destinado a los "cerdos".

"*La región lejana*". - Cuando las Escrituras hablan de los gentiles, de los pecadores, o de Israel en desgracia, a todos ellos se refiere como si estuvieran "alejados". En contraste, la posición del hijo mayor se enmarca: "*Hijo, tú estás siempre conmigo*". El hijo menor representaba bien la condición de los "publicanos y pecadores", cuya presencia era la causa inmediata de la expresión de las tres parábolas de Lucas 15, tal como nos indican los versículos 1 y 2.

"*Todo lo malgastó*". —¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta? — preguntó el profeta (Isaías 55:2). Esto revela un aspecto del fracaso del hijo pródigo. La mujer que "había gastado todo lo que tenía, y no mejoraba en nada su salud, sino que empeoraba" (Marcos 5:26) revela otro aspecto del fracaso total, porque la salvación no se puede comprar, es un don de Dios. Ya sea que lo gastemos todo como el hijo pródigo y lleguemos a la más profunda necesidad, o que lo gastemos todo como la mujer enferma y, sin embargo, empeoremos, es evidente que todo ese gasto es en vano.

El hijo pródigo aceleró su fin malgastando su parte en una "vida desenfrenada". La palabra traducida como "desenfrenada" o "perdidamente" es *asotos*, un compuesto de *a*, una negativa, y un derivado de *so*, "salvar". De esta raíz provienen las palabras *soteria*, "salvación", y compuestos tales como *sophron*, "sobrio" o una mente "sana"; en otras palabras, "cuerdo". El hijo pródigo, como muchos otros, pensó que vería "vida", pero lo que realmente se le apareció fue un atisbo de corrupción y muerte. No sólo había malgastado sus bienes, sino que los había gastado todos en donde no había sino "carencia de salvación", en otras palabras, estaba en bancarrota. No es casualidad que Lucas utilice aquí la misma palabra que Pablo en Romanos, porque la palabra aquí traducida "destitución" o "en falta" es la misma (Romanos 3:23).

Y ahora las circunstancias externas se combinan en contra del hijo alejado, añadiendo degradación a la indigencia; desciende más abajo, porque "*se arrimó*" a un ciudadano de esta lejana provincia, y lo que esto implica se puede discernir cuando sabemos que Lucas emplea aquí la misma palabra que en Hechos 10:28, donde Pedro se refiere al hecho de que era ilícito y una abominación que un hombre judío "*hiciera compañía*" o "*se acercase*" a alguien *de otra nación*. Sin embargo, las profundidades de la degradación se alcanzan cuando comenzó a anhelar comer del alimento reservado a los "cerdos", y de buena gana habría llenado su estómago con las *algarrobas* que comían los cerdos. Desamparado y degradado, ahora se da cuenta de que se encuentra en una situación desesperada, pues además de toda esta miseria vienen las palabras añadidas: "nadie le daba".

La lección doctrinal es, por supuesto, que ningún hombre puede servirnos de provecho, porque "*nadie puede redimir a su hermano de ninguna manera*". Sin embargo, cuando el hijo pródigo "*volvió en sí*", este fracaso, tanto de él propio como del hombre en general, resultó ser la oportunidad prevista para dar lugar a la gracia, "*y vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiera quien se interpusiese; y lo salvó su brazo*" (Isaías 49:16). La palabra es *metanoia*, *meta* significa "después" y *noia* se deriva de *nous* "la mente". Ese "arrepentimiento" debe entenderse en este punto tal como nos revelará una comparación que hagamos con las otras parábolas.

Las parábolas de Lucas 15.

A1| 3-6. La parábola de la "oveja perdida".

B1| 7. "Un pecador que se arrepiente"

A2| 8, 9. La parábola de la "moneda perdida".

B2| 10. "Un pecador que se arrepiente".

A3| 11-32. La parábola del "hijo perdido".

B3| 17, 18. "Volvió en sí" "me levantaré".

Con su arrepentimiento, el hijo pródigo deja de lado la indigencia y la degradación, vuelve su rostro al hogar, al amor de un padre, al regocijo y a la restauración. Aun así, Israel debe imitar a este hijo pródigo antes de que pueda disfrutar de la restitución predicha desde hace tanto tiempo.

6. "Ya no soy digno" (Lucas 15:17-19).

Cuando el hijo pródigo emprendió su viaje con sus bolsillos bien llenos de dinero, el mundo le pareció un lugar espléndido, y él mismo se sintió un buen hombre. Pero cuando, después de la sombría experiencia de la independencia, "volvió en sí", se produjo un cambio en su estimación de los valores. La lejana provincia ya no parecía tan encantadora, e incluso los sirvientes de la casa paterna se veían ahora bajo una luz envidiable.

- *"Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros"* (Lucas 15:17-19).

"Perezco". - El hijo pródigo había llegado al punto en que estaba de acuerdo con las Escrituras en cuanto al destino del hombre fuera de Cristo. Juan 3:16 nos deja claro que todo aquel que no crea en el Señor "perecerá". Esta palabra ya había aparecido en las dos parábolas precedentes de este capítulo, la oveja "perdida" del versículo 6 y la moneda "perdida" del versículo 9, y se repite en los versículos 24 y 32, donde el padre habla de su hijo que estaba "perdido y fue hallado".

"Yo he pecado". —Una cosa es estar de acuerdo en que "todos han pecado"; otra cosa es "volver en sí" y ser llevado a confesar como individuo "yo he pecado". Además, el hijo pródigo comenzó a darse cuenta de la "completa gravedad del pecado"; vino a saber que había "pecado contra el cielo" así como a los ojos de su padre.

"Ya no soy digno". - Estas palabras fueron amargas en la expresión, pero dulces en los oídos de los ángeles del cielo que se gozan por un pecador que se arrepiente más que por muchos hermanos mayores que permanecen en su imperturbable e inexplorada justicia propia.

"Me levantaré e iré a mi Padre". —Aquí está el arrepentimiento (*matanoia*) "Un cambio de mentalidad", tanto con respecto a uno mismo como con respecto al "Padre". Por su propia voluntad había el hijo pródigo dejado al Padre, por su propia voluntad regresó de vuelta. La palabra "levantarse" es *anistemi*, que, en su siguiente aparición (Lucas 16:31) se usa para referirse a la resurrección de entre los muertos. Aunque todavía se halla en la provincia lejana, todavía está triste, dolorido y desilusionado, aquí tiene su inicio la nueva vida que pasará en la presencia del Padre, con manto, anillo y alegría. Estamos más próximos de la inmortalidad cuando decimos: "morimos", que cuando decimos (como el rico necio en el mismo Evangelio): "Descansa, come, bebe y gózate" (Lucas 12:19).

7. La compasión del Padre (Lucas 15:20).

Si el Hijo de Dios vino a revelar al Padre, y si esta parábola es parte de esa revelación, ¡Qué gran luz nos arroja sobre el corazón del Padre!

"*Y cuando aún estaba lejos*". - El pecador que busca no precisa hacer nada de su parte sino el más mínimo movimiento hacia Dios, para encontrar a Dios saliendo a por él antes que llegue a su encuentro. El Padre bien podría haber escogido quedarse quieto y decir: "Mi hijo se fue de casa; que vuelva; que llame a la puerta; que pruebe un poco de sana disciplina; voy a hacerle esperar un poco", y habría actuado como muchos padres humanos han actuado con un hijo así. Pero aquí vemos al Padre "corriendo" a su encuentro, no tanto el regreso del hijo pródigo. Debido al remordimiento y la vergüenza, los pasos del hijo se retrasaron; los pasos del Padre, en cambio, fueron acelerados por el amor. Incluso cuando estaba muy lejos, "su Padre lo vio". ¿No es maravilloso darnos cuenta de que el Padre había estado velando diariamente con la esperanza de esa preciosa visión?

"*Tuvo compasión*", o, como dicen las palabras literalmente, "*Sus entrañas se conmovieron*" por él. — Ni una palabra de reproche o acusación. No hay censura, no hay condenación, sino un amor inefable y una alegría inexpresable por el regreso del hijo pródigo.

Por el testimonio de las mismas Escrituras sabemos que se necesitaba un sacrificio para justificar el perdón del pecador. Esto no podemos verlo expuesto en esta parábola, pero se le da su lugar en perfecta plenitud en la parábola del Fariseo y el Publicano, donde puede introducirse sin incongruencia. El Padre no necesita ningún sacrificio para amar a este hijo descarriado; más bien, es Su amor el que *provee* el sacrificio.

"*Le besó*". — Esto es reconciliación y aceptación. Mientras el pobre hijo pródigo volvía sobre sus pasos, se repetía a sí mismo la confesión: "Le diré". Incluso cuando su padre *lo besó*, se escuchan las palabras, pero no se le permitió completar su confesión. Antes de que pudiera llegar a las palabras: "*Hazme como a uno de tus jornaleros*", el padre inmediatamente clamó y dijo:

- "*Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies; y traed acá el becerro cebado, y matadlo; y comamos, y hagamos fiesta*".

Si tal es la recepción de alguien visto "de lejos", ¿qué excusa tendrá aquel día un hombre que permanece sin ser salvo, sin ser acepte, sin ser perdonado? No está obligado a arrastrarse abyectamente hasta el trono de Dios, como bien podría hacerlo; no tendrá sino que volverse su corazón hacia el Padre para encontrar al Padre del mismo modo aguardándole.

8. El Hijo Pródigo hecho acepte (Lucas 15:22).

¡Qué gran bienvenida le aguardaba al hijo pródigo en su regreso! ¡Qué gran exhibición de "gracia abundante"!

- *"Sacad el mejor vestido y vestidlo; y poned un anillo en su mano; y calzado en sus pies"* (versículo 22).

El Padre ordena, los siervos obedecen. El vestido, el anillo y el calzado se proporcionan y se "ponen" al hijo, sin que ese hijo diga una palabra o levante un dedo. Al igual que el creyente de hoy, él fue "acepte en el Amado".

No tenemos que ir muy lejos para descubrir el significado del "vestido". "Toda nuestra justicia", dijo el profeta, "son como trapos de inmundicia", una imagen de la ropa andrajosa y manchada del viaje del hijo pródigo que regresaba, que, a su vez, representaba su propia indignidad consciente. El mismo profeta, hablando de la restauración de Israel, dijo: "Me cubrió con el manto de justicia".

"Vestirse" se utiliza refiriéndose también a la "Armadura de luz", a la "Incorrupción" y a la "Inmortalidad", al "hombre nuevo" y a "Cristo". El hijo pródigo está revestido de una justicia que no es suya.

"Cuando estoy delante del trono,
vestido de una belleza que no es mía,
cuando Te veo como eres Tú,
te amo con un corazón inquebrantable.
Entonces, Señor, plenamente sabré,
solo entonces, cuánto te debo a Ti".

Es digno de notar que la palabra utilizada para denotar el "mejor" vestido, es la palabra griega *protos*, "primero". Era el uniforme del "jefe en rango",

era paralelo a la "adopción" que es la gloria de nuestro propio y bendito llamado.

"El anillo" era un símbolo de distinción (Santiago 2:2). "El calzado" era una indicación de que era un hombre libre, ya que, según Alford, los esclavos a menudo iban descalzos.

¡Es muy hermosa la manera cómo esta aceptación sin reservas y su restablecimiento pleno y libre prefigura algo de nuestra posición por una gracia maravillosa!

- *“En Su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de Él”* (Colosenses 1:22).

9. El verdadero Hijo Perdido (Lucas 15:25-30).

Stier ha dicho con verdad que, el hermano mayor, es realmente el hijo perdido. Es Farisaico en su justicia propia; carece por completo de afecto filial o fraternal; no tiene ni caridad ni humildad. No podemos imaginarlo diciendo: *"Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo"*.

Leemos que cuando se le dijo el motivo de la fiesta que se estaba celebrando, *"se enojó y no quiso entrar"*. Con un lenguaje brutal y grosero rechazó la súplica de su padre, diciendo: *"He aquí que te sirvo por muchos años"* (no se hace referencia a la vida hogareña y a su amor y comodidades, el énfasis se pone en servir, *douleuo*, que viene de la raíz "atar", "estar en esclavitud" y "servir como esclavo"), *"ni transgredí en ningún momento tu mandamiento"* (Otro Fariseo escribió una vez: *"En lo que dice respecto a la justicia de la ley, irrepreensible"* y, después de todo, no transgredir un mandamiento, no es más que una obediencia negativa.

En todo esto parece haber habido una ausencia total de obediencia al segundo gran mandamiento, el mandamiento del amor, *"y sin embargo nunca me diste un cabrito, para que me regocijara con mis amigos"* (Aquí, el hermano mayor habla de un "cabrito", algo mucho menos valioso que el "becerro engordado" sacrificado por el hijo pródigo, y así expresa su estimación del amor y cuidado del Padre durante toda su vida). *"Pero tan pronto como vino tu hijo"* (No "este, hermano mío", aquí el Fariseo se traiciona a sí mismo), *"que malgastó tus bienes con ramerías"* (Esto no es justo. El hijo pródigo pidió y no recibió más que la porción de bienes que le correspondía. Lo malgastó en una vida desenfrenada, pero en la medida

en que el hermano mayor era confesamente ignorante de los hechos de la vida de su hermano menor, las acusaciones adversas que añadió fueron una clara evidencia de su propio corazón poco caritativo).

Desde algunos ángulos, puede ser peligroso tratar de distinguir entre un pecado y otro. Sin embargo, las Escrituras hablan de un pecado que no es para muerte, y un pecado que es para muerte (1ª Juan 5:16), y la epístola a los Hebreos dice que el pecado voluntario, después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, no tiene más sacrificio provisto para él (Heb. 10: 26).

El "pecado" del hijo pródigo fue un crimen contra sí mismo más que contra sus semejantes. "Derrochó su sustancia", pero no se le acusa de mentir, robar o asesinar. A pesar de toda su jactancia, el hermano mayor estaba más profundamente lleno de culpa, porque la falta de caridad, el rencor, la malicia y la ciega justicia propia son más oscuras y están más profundamente teñidas que cualquier cosa atribuida al pródigo arrepentido.

Sin embargo, ¡qué bendición escuchar la confesión del hijo pródigo: "*He pecado contra el cielo*"! Nunca pensó en minimizar su culpa. Nunca soñó con compararse favorablemente con su hermano. Encontramos los dos atributos de la mente resaltados a la fuerza en la parábola del Fariseo y el Publicano. Más adelante podemos volver a esa parábola para otra serie de breves exámenes juntamente. Mientras tanto, demos gracias a Dios por esta parábola del amor pródigo y la hermosura del verdadero arrepentimiento, recordando su contexto: que fue cuando "*se acercaron a él todos los publicanos y pecadores para oírle*" que esta "Perla de las Parábolas" brotó saliendo del corazón del Salvador.
